

## EL CARÁCTER de J. Guibert

Traducción de Juan Cortés. Editorial Difusión, 1952.  
Resumen realizado por el Pbro. Juan Lisandro Scarabino

### Prólogo

“No hay uno solo entre nosotros que no tenga en sí mismo la raíz de un santo y también de un malechor” (P. Lacordaire)

“Más quiero formar mi alma que amueblarla” (Montaigne)

### Capítulo I: Definición del carácter

#### 1) *La marca moral del hombre*

La marca moral se advierte en todo el exterior del hombre:

- En sus modales: dignos o descuidados, modestos o altaneros;
- En el andar: firme o variable, decidido o perezoso;
- En su rostro; fiel reflejo de su vida interior, cuyo aspecto tranquilo acusa su manera habitual de sentir y de querer;
- En su mirada: unas veces viva o apagada, otras limpias o enturbiada, franca o furtiva;
- En sus palabras: decididas o ambiguas, originales o vulgares;
- En su modo de escribir: con trazos terminados o imprecisos, como sus designios, vigorosos o débiles, como los movimientos de su alma.

Todo en él, hasta sus obras más insignificantes, van sellados con ese signo personal. Esta marca exterior, es la verdadera manifestación del alma.

#### 2) *Constitución moral del hombre*

El carácter está en lo íntimo del hombre, es la causa eficiente de sus actos externos, es sencillamente la constitución moral del individuo.

Nuestros actos, habitualmente, proceden espontáneamente del fondo de nuestra alma. El obrar sigue al ser.

Pronto conoceríamos nuestro carácter si conociéramos nuestras tendencias y distinguiéramos las que predominan en nosotros.

Regla fundamental en la formación del carácter: dar a las buenas tendencias el predominio sobre las viciosas y torcidas.

#### 3) *La energía moral del hombre*

Carácter: “la energía sorda y constante de la voluntad, un no sé qué de inalterable en las resoluciones, algo más inalterable aún en la fidelidad a sí mismo, a las propias convicciones, a las amistades, a las virtudes; una fuerza íntima que emana de la persona, e inspira en todo esa certidumbre que llamamos seguridad... Puede un hombre tener talento, poseer la ciencia, hasta ser un genio... y no tener carácter” (P. Lacordaire)-

### Capítulo II: Importancia del carácter en la vida.

Más perjudican a las almas las pequeñas faltas cotidianas, que los graves yerros pasajeros, como también los pequeños triunfos diarios, frutos del carácter, nos conducen más fácilmente a la perfección.

#### 1) *El buen carácter*

Posee buen carácter, quien, ante todo es afable, humilde, complaciente. El que tiene el propósito de no molestar a nadie voluntariamente. Las malas tendencias naturales,

gracias al constante esfuerzo, son dominadas por las buenas inclinaciones. El que es dueño absoluto de sí mismo. El que tiene en sus manos las energías morales.

En primer lugar por el buen carácter se alcanza la felicidad. Los pensamientos bondadosos y los sentimientos caritativos, antes de manifestarlos con palabras dulces y afables modales, serán para el corazón motivo de gran alegría. Él mismo se alegrará con la propia compañía, porque los resplandores del gozo, antes de reflejarse en el rostro e iluminar a los demás, habrán iluminado su corazón, de donde irradiarán como de su foco.

Será feliz por el buen carácter. En mundo le sonreirá y será indulgente con él. A los lobos, cuyos dientes se temen, se les trata con el arma en mano. Pero ante los corderos marchamos con el ramo verde, porque nos atraen sus instintos pacíficos. Si el hombre de buen carácter manifiesta, con su conducta, la bondad del cordero, la mayoría de los semejantes le serán afectos y los más valientes depondrán sus armas antes él.

Otro motivo de felicidad, será el orden que reinará en la conciencia. Porque si es cierto que la suprema felicidad consiste en el sentimiento de la paz, si no existe otra paz mayor que la de la conciencia, y si, finalmente, no hay tranquilidad de conciencia, sino cuando la actividad del alma se encamina hacia el bien y hacia el exacto cumplimiento del deber moral.

Otra fuente de felicidad es para el hombre el sentimiento de la propia fuerza. El que tiene conciencia de ella, no teme ni se arredra ante la maldad de los hombres ni ante el ímpetu de las potencias naturales; sabe que vencerá a los hombres por la paciencia y la firmeza; sabe que si su cuerpo no puede verse libre de las acometidas del mal físico, su alma, fortalecida por una cristiana resignación, sabrá sobreponerse a los quebrantos de su carne o de sus bienes.

Los buenos caracteres son los que cautivan y conquistan a las personas y a las cosas. Los hombres, por inclinación natural, se acercan a las almas bondadosas; saben que no serán rechazados, que no serán heridos, que se encontrarán con ellas como en su propia casa, confían que podrán abrirle su corazón, contarles sus penas, y aliviar el peso de sus preocupaciones; seguros están de no llamar en vano a sus puertas hospitalarias, y que serán siempre bien acogidos y atendidos.

Con la afabilidad del hombre de buen carácter se ganará a los hombres y se tendrá gran influencia entre ellos. Con su decisión y resolución los atraerá a sus mismas ideas y sentimientos y fácilmente podrá contar siempre con ellos.

## 2) *El mal carácter*

Dos clases de malos caracteres: los desabridos y los débiles. De unos y de otros podemos afirmar que no están preparados para la vida, que sufrirán mucho y que serán vencidos.

Grados de la debilidad del carácter:

- En la más baja escala: los hombres sin ideas precisas, sin deseos determinados.
- Un poco más arriba: los hombres con ideas claras, pero débiles en sus resoluciones, que por temor a los demás jamás se realizan. Son éstos los perezosos y tímidos, que se gastan y agotan en bellos e inútiles proyectos.
- Otros: provistos de más energía, llegan a decidirse y hasta vienen a la práctica, pero ya por falta de aliento, o por temor a las dificultades, no llegan a cumplir sus promesas, y si no se quedan en el camino, siguen otro rumbo y pierden el tiempo en múltiples y vanos ensayos.

Estos caracteres constituyen un motivo de amarga desilusión y de tormento cruel, para las almas de finos sentimientos y nobles ideales, el sentirse continuamente

inferiores en su tarea, el verse frecuentemente decepcionados y traicionados por una voluntad demasiado débil.

### **Capítulo III: Rasgos del carácter ideal.**

El hombre que aspira a una mejor vida y por lo tanto a un mejor carácter, ante todo debe comenzar por proponerse con claridad el ideal que desea realizar.

En la formación del carácter se distinguen dos partes: la parte de la naturaleza y la de la persona moral.

En la parte de la naturaleza, apenas de tiene dominio: lo que se es por temperamento, eso se seguirá siendo. Si uno es de acero, tendrá que trabajar sobre acero. Si se asemeja a una rama de mimbre, se trabajará como al mimbre. En otras palabras: si naciste sanguíneo, se seguirá siendo sanguíneo... Sea cual fuese ese fondo o temperamento natural, no hay que inquietarse, pues no hay tierra tan árida e infecunda, a la que un buen cultivo no pueda hacerla producir excelentes frutos.

Sobre la parte de la persona moral, sí se tiene pleno dominio.

Cuatro rasgos que destacan al buen carácter:

#### *1) La rectitud de conciencia.*

Es que la primera condición para merecer el honor y la confianza es la rectitud.

Triple es el papel que desempeña en nosotros la conciencia: ella es al mismo tiempo, un avisador fiel, un freno poderoso y un estímulo eficaz.

Hay almas en quienes la conciencia aún no dio señales de vida; seres inferiores, eternamente infantiles por su falta de cultura, sin idea clara de lo bueno y de lo malo y cuyos instintos groseros y bajeza de vida los hacen más bien dignos de compasión que de odio. Pero hay otras almas, en las que la conciencia ha quedado embotada, anulada o destruida porque por mucho tiempo fue sofocada y pisoteada. Esos tales merecen nuestro desprecio, porque sus culpas repetidas han llegado a esa atrofia lamentable de la conciencia, que no sabe de buenos, ni de nobles sentimientos. Y, por último, hay almas, que abrigan en su conciencia sentimientos de delicadeza y escuchan su voz y obedecen fielmente a sus dictámenes, tales almas, en la misma medida que son almas de conciencia, poseen el rasgo primordial que debe tener todo buen carácter.

Los hombres de conciencia se distinguen por tres sinos principales: son delicados en el cumplimiento del deber, severos en la sinceridad y rigurosamente honrados en el manejo de los intereses del otro.

Defectos que degradan el carácter: el respeto humano, la disimulación, la hipocresía, la infidelidad a la palabra dada y la doblez.

Más que nuestro dinero apreciamos nuestros secretos, como, por ejemplo, los estados íntimos de nuestra alma, nuestros defectos, nuestras amarguras, nuestra situación económica, las relaciones de familia. Sentimos, por un lado, una necesidad íntima de manifestarlos, porque con ello creemos que se alivia nuestra alma; mas, por otro lado, experimentamos que nuestro crédito se compromete o que sufre nuestra reputación si llegan a divulgarse o difundirse.

No se necesita alabar el carácter de aquellas almas que en todo se rigen por la conciencia. Ya comprenderemos cuál será su fuerza y cuán sublime su honor. Su fuerza radica principalmente en que se bastan a sí mismas para cumplir su deber; su energía no es prestada, por cuanto brota de la fuente misma de su corazón. Si el perezoso necesita, para trabajar, que se le amenace o estimule, el hombre de conciencia tiene en su interior un resorte, que se suelta a sí mismo apenas el deber es conocido.

El honor, solamente florece en las conciencias íntegras.

¿Qué garantía podré tener de la lealtad, de la buena fe y de la veracidad de mi prójimo? Es preciso dirigirse a su conciencia. Sólo ella me tranquilizará, si ésta falta, tendré motivos para dudar y desconfiar.

## 2) *La fuerza de voluntad*

Sobre la naturaleza de la voluntad, se hacen a veces, falsas apreciaciones. Ni la ira, que se irrita ante el obstáculo, ni la obstinación, que se empeña ante un objeto mal elegido, ni la dureza, que hace sentir el peso de su autoridad, ni la actitud del que se rodea de una seriedad fingida, son indicios de voluntad fuerte. Tampoco es indicio verdadero de ella esa insensibilidad del que no se emociona ante el dolor, ni se conmueve ante las manifestaciones de un sincero afecto o ante las amargas de la decepción; ese tal muestra más bien una naturaleza fría y sin pasiones, que un carácter viril; pues no es ajeno a los temperamentos nobles y varoniles dar muestras de afectividad ante lo tierno y conmovedor como en medio de las contrariedades de la vida.

El hombre de voluntad es el que se posee a sí mismo.

La posesión de sí mismo, supone dos cosas: una liberación y un gobierno. Liberación de los vínculos que nos impiden obrar, y gobierno de nuestras energías, para dirigir las firmemente hacia la práctica del bien. Quien se ha libertado de esta suerte y se gobierna a sí mismo, manteniéndose independiente y fuerte en el uso de sus energías, ése es un hombre de voluntad, un hombre de carácter.

Las enfermedades, los reveses de fortuna, las desgracias de familia, las inclemencias del tiempo y todos los demás accidentes del mundo exterior tienen siempre preocupadas a las almas tímidas.

Libres ya de las cadenas del mundo y de los hombres, tenemos que liberarnos de nuestras propias cadenas. Así como un buen soberano no necesita, para reinar en paz, aniquilar a sus súbditos, sino que los reduce a la obediencia, les impone tributos, les señala empleos y dirige sus actividades para el bien público; así la voluntad, lejos de ahogar las tendencias nativas y las aspiraciones personales, debe tratar de dominarlas y moderarlas, valiéndose de ellas como de auxiliares sumisos, sin llegar a perjudicarse por sus perniciosas exigencias.

Esta soberanía, la más verdadera y fecunda que puede ambicionar el hombre, debe ejercerse sobre los apetitos inferiores, sobre los delirios de la imaginación, sobre los desfallecimientos del temperamento. Nada hay que rebaje más al hombre que la esclavitud de los sentidos.

El primer acto del hombre que trata de poseerse a sí mismo, debe ser, salir de esas bajas honduras de la sensualidad; debe comenzar por poner un freno a su gula; el gusto inmoderado por las golosinas, por las bebidas alcohólicas, son a la vez, signos y causas de la debilidad de carácter. Procure el hombre dominar las pasiones carnales: porque si tiene con ellas complacencias culpables, si no les pone mordaza como a bestias feroces, será su juguete y bien pronto su presa.

Muchos hombres, después de haber conquistado su libertad moral, venciendo a los sentidos, caen bajo otro yugo: el de una imaginación perniciosa.

Tampoco es dueño de sí, aquel que, en delirios quiméricos, se entretiene con imaginaciones que perturban el espíritu o en afecciones que corrompen el corazón. Menos aún se pertenece aquél a quien asedian ideas fijas, o que se irrita con antipatías u odios irreconciliables, o que se cree perseguido por fantasmas de enemigos o se queja de ser víctima de imaginarias enfermedades. Finalmente, no permanecerá mucho tiempo dueño de sí mismo el que tiene picado el corazón por el microbio de la tristeza o de la melancolía: el aburrimiento, que necesariamente le sobrevendrá, es una especie de orín moral que irá devorando lentamente su alma. El desaliento, que al fin lo domina, abatirá

infalliblemente, todas sus energías; con razón dice de él Lacordaire, que es “la muerte de la virilidad”.

Los remedios de todos estos males, pueden resumirse en los siguientes: reprimir la curiosidad por medio de la mortificación; disipar las ilusiones y desvarios por medio del trabajo; esforzarse por creer en la bondad y rectitud de los hombres y alimentar en el fondo del corazón la llama de la confianza en sí mismo, bajo el soplo bienhechor de la confianza en Dios.

Para no hablar más que de dos extremos, los unos son coléricos, arrebatados; los otros apáticos. A los primeros es preciso aplicarles el freno; a los segundos, el látigo.

Debemos tener presente que en el dominio de la voluntad hay diversidad de grados. El más elevado consiste en ser decidida, diligente y perseverante.

Los indecisos, los irresolutos, son enfermos en el fondo, y su cobardía puede degenerar en parálisis del alma.

Mas con el comienzo de la acción, no lo hemos conseguido todo; es necesario que dure, que subsista. Ahora bien, la acción no se sostiene sino por la voluntad perseverante, es decir, por una voluntad lo suficientemente fuerte para que su caudal de energías morales no se agoten; que sea bastante estable y consistente para no modificar, sin graves razones, el sentido que siguen sus determinaciones.

Sólo cuando llega a este grado de firmeza, puede decirse que la voluntad es irresistible; entonces el carácter llega a su más alto valor. Son pocos los que hasta aquí llegan; pero todos debemos intentarlo. La subida es escarpada, pero a medida que se avanza en la ascensión, los horizontes se agrandan y las fuerzas viriles se robustecen interiormente.

### 3) *La bondad del corazón*

Gracias al corazón, el carácter resultará amable, porque será humano.

El primer fruto del corazón será la amabilidad, esa virtud de las almas buenas que esparce a su alrededor esa atmósfera de bondad y de atractivo de que se precian los buenos caracteres. El hombre bondadoso, se muestra sencillo, afable, de buen humor, y su rostro aparece iluminado por una franca sonrisa. Conversa con todos de buen grado, nunca lamenta haber perdido el tiempo que dedica a otro; dice, sin adularnos, palabras benévolas; con él nos sentimos a gusto, nuestro corazón se abre y se expansiona y nuestras penas se disipan. Tiene el don de recrearnos y de alentarnos.

Sin uno quiere ser dichoso y acrecentar su influencia, siendo tan bueno como fuerte, tan tierno en sus sentimientos como firme en sus designios, tendrá que labrar su corazón con no menos constancia que su voluntad.

No hay hábito que no se pueda adquirir ni facultad que no se pueda desarrollar, con esfuerzo y perseverancia. Observa los buenos corazones, mira cómo obran, cómo hablan y trata de imitarlos. Ponte con frecuencia en contacto con la miseria, allí es donde nace la emoción que conmueve el corazón.

El que descuidare la formación y el cultivo de su corazón, privará a su carácter de uno de los rasgos que más atraen y cautivan a nuestros semejantes.

### 4) *Dignidad de modales*

Son los buenos modales, como la vestidura moral del hombre; son ellos los que componen el exterior de la persona, de manera que nada haya en ella que pueda lastimar u ofender. Cuando un hombre impresiona mal por su negligencia en el vestir, por la vulgaridad de sus palabras, por la rusticidad de sus ademanes, pierde en opinión de los demás la estima que se tuviera de su dignidad y honorabilidad.

De tres maneras se relacionan los buenos modales con el carácter: revelándolo, influyendo sobre él y aumentando o disminuyendo su poder social.

Los modales abarcan todo el exterior el hombre: sus vestidos, su actitud, sus gestos, su modo de andar, su conversación, sus maneras, su trato, su adaptación a las circunstancias... Como se ve, son la fiel expresión del hombre. Nadie hay tan hábil para disimular sus sentimientos, que tarde o temprano no deje traslucirlos en su exterior. Si hay quien no sabe descifrar en sus detalles esta escritura automática, no deja por ellos de ser exacta y bien difícil de imitar.

Es un hecho bien demostrado que las actitudes del cuerpo ejercen su acción sobre los movimientos del alma, y por eso la expresión exterior de ciertos sentimientos hace que florezcan o se desarrollen en el corazón.

También tienen los modales una influencia muy peculiar en granjearnos autoridad ante los demás. Por misterioso que sea el don de la autoridad que inspira el respeto e impone la sumisión, hemos de reconocer que la fuente de ella es el carácter.

Reconozcamos que nada hay indiferente en la formación del carácter. Así como no hay cuerpo tan hermoso que no aparezca deformado si se disfraza con harapos ridículos, de la misma manera, por muy acabado y perfecto que sea nuestro carácter, de ningún modo impresionará, sino lo adornamos exteriormente con buenos modales.

#### **Capítulo IV: Origen del carácter.**

Hay que advertir que no todas las naturalezas pueden ser dirigidas de la misma manera.

Tres factores concurren a la formación del carácter: el nacimiento, la educación y la voluntad.

##### *1) El nacimiento*

El solo hecho del nacimiento nos coloca entre los hombres con el sello de los antepasados, sello que nunca se borrará.

Todo hombre tiene un destino que le han dado sus antepasados y ninguno, por más que lo pretenda, puede escapar a la influencia de su organización. Grande es, ciertamente, el poder de la educación; sin embargo, su fuerza es limitada. La capacidad inherente a la naturaleza del individuo la limita, y no puede obrar más que en el círculo más o menos reducido, de una necesidad preexistente.

El hombre tiene, de nacimiento, inclinaciones que jamás puede extirpar por completo. Se ayudan y se fortifican por institución, pero no cambian y difícilmente se dominan, podrán ser disimuladas o encubiertas estas cualidades originales pero no extirpadas.

##### *2) La educación*

No pasa un día en que no se aprenda algo nuevo; no hay una acción, que no entrañe en sí una serie de consecuencias, así como no hay cabello que no proyecte su sombra. Cada pensamiento, cada acción, cada sentimiento, contribuye a formar nuestra índole, nuestros hábitos y nuestra inteligencia.

Todo el trabajo llevado a cabo por las influencias exteriores, recibe el nombre de educación. Entendiéndola así, en este sentido más general, la educación es una fuerza que modifica en parte la obra de la naturaleza y viene así a tener un papel preponderante en la formación del carácter.

Dos clases de agentes de la educación: los inconscientes, que son los factores del medio ambiente y los reflejos, que son los educadores.

Es una ley general, que según sea el medio moral en que se crían, así serán cuando sean mayores y a medida que la influencia sea mayor, más acentuados serán los resultados.

También influye sobre el desarrollo moral de los niños el medio intelectual que los rodea.

Y no solamente depende del medio ambiente el grado de actividad intelectual. Es un regla muy general y casi infalible, que las ideas las tomamos o recibimos de aquellos que nos rodean, de nuestros padres, de nuestro maestros, de nuestro libros, de los diarios que leemos.

Sobre todas estas influencias, que muchas veces dependen de casuales circunstancias, está la de los educadores. Si se convenciesen de su poder y tuviesen la suficiente energía para ejercerlo con tino y perseverancia, los educadores tendrían sobre los hombres, una influencia decisiva y notable por su intensidad y duración. A ellos corresponde desarraigar las malas tendencias, fomentar las buenas inclinaciones, crear hábitos favorables. Tengan in plan de acción, sean constantes en realizarlos, y sus desvelos serán coronados con el más consolador de los éxitos.

No contentos con explotar las condiciones exteriores, obrarán directamente, corazón a corazón, con sentimientos de cariño, con las luces de sus consejos y los estímulos de su entusiasmo y ejemplos.

### 3) *La voluntad*

Muchos hombres, renunciando a su voluntad no se preocupan de vigilar su alma y se dejan llevar pasivamente por los instintos y por las circunstancias exteriores, y por otra parte, muchos que se preocupan de su formación, no consiguen lo que se proponían y se lamentan de verse sometidos a los impulsos de sus apetitos inferiores.

Por buena que sea la raza de donde se proceda, siempre se tienen malas inclinaciones que llegarán a prevalecer en el alma, si no se combaten enérgicamente contra ellas.

En esta empresa se debe ser tan humilde como animoso y confiado. No hay destruir la naturaleza, sino que hay que considerarse tal como se ha salido, del origen del que se procede y de las manos de los educadores. Pero que cada uno tome a su cargo el poseerse y el dominarse a sí mismo.

## **Capítulo V: Clasificación de los caracteres**

La constitución física es de capital importancia. Ella es, principalmente, la que revela al hombre. Es la que determina la preponderancia y, quizá, el valor de las facultades del alma. Además, viendo cual poco son los hombres que emplean su voluntad en la formación del carácter, es justo concluir que, en la mayoría, aquél se reduce a los elementos y a las inclinaciones que constituyen el temperamento.

Siguiendo este principio, y siendo cuatro los temperamentos fundamentales, estableceremos cuatro tipos de caracteres: los sanguíneos, los nerviosos, los biliosos y los flemáticos. En realidad no se dan tipos exclusivos, sino que se participa un poco de cada uno.

### 1) *Los sanguíneos*

Contextura física: tez rosada, ojos azules y cabellos rubios. La sangre prevalece en él. Lanzada en el organismo a través de anchos vasos por un corazón vigoroso, circula con rapidez llevando por todo el cuerpo energía y bienestar y prometiendo para la edad madura grosura y robustez. El sanguíneo tiene poco desgaste, y esta economía conserva en la sangre su rojo vivo, en la piel su transparencia y el frescor de la tez.

Ejercicio de sus facultades: es pronto, superficial y mudable. Su sensibilidad es viva, aun aguda, pero sin consistencia. Las impresiones no son en él profundas; en poco tiempo pasa de la risa al llanto, del gozo expansivo a una tristeza huraña. Sumiso en hondo pesar, la vista de algo ridículo, le hace estallar en sonoras carcajadas; en medio de ruidosa fiesta y regocijo, la presencia de una desgracia excita su compasión y aun le arranca lágrimas. Es muy sensible a las pruebas: la menor falta de delicadeza le apena, pero en seguida renace en él el optimismo; fácilmente perdona. El corazón se acomoda en él a las circunstancias, casi por instinto. Impresionable al menor contratiempo, es sincero y se prenda de buena gana de las diversas afecciones que encuentra, y llega a concebir entusiasmo por ellas. En él la amistad, mientras dura, es tierna, ardiente, expansiva y abnegada. Son cariñosos y amables. Son muy inclinados al amor, pero ese amor no es en ellos estable. Los juramentos de eterna fidelidad que hacían ayer, los repetirán mañana, pero a distintas personas. En cuanto a la inteligencia, también se resiente de esa vivacidad natural. Viva, rápida, fácilmente asimila las cosas; una memoria feliz y una imaginación ardiente les acompañan. Si tuviese tanta amplitud como sutileza, los sanguíneos serían con frecuencia espíritus superiores. Les falta tenacidad para el trabajo. Perezosos en el estudio, carecen de muchos conocimientos, por eso tienen más ardor que solidez; son más bien poetas u oradores que sabios. Sin embargo, estos dotes superficiales, les proporcionan éxitos: ardientes y sinceros como son, fácilmente arrebatan y conmueven.

Bajo ciertos aspectos, es este un carácter encantador. Dichoso de vivir, jovial, altruista, de buen humor, en las reuniones y fiestas es el alma de ellas con sus relatos y chistes, con su ruido y vivacidad; su voz se destaca sobre las otras y se le descubre por su risa estrepitosa. Es cierto que es ligero, irreflexivo, aturdido, exageradamente amigo de la popularidad y aveces pródigo en demasía; pero todo se le perdona; es bueno, servicial y desinteresado.

Necesitan: más voluntad en sus resoluciones. Tienen buenos deseos del bien; se conmueven en el sermón y se proponen llegar a santos; pero esos deseos son débiles, esos propósitos no son firmes. Llegada la tentación, no pueden resistirla; quieren desterrar de sí los malos instintos e implantar hábitos buenos; pero ese querer no es firme ni duradero. De ahí que son frecuentemente víctimas de la sensualidad, ya en el deber y en el comer, ya en cosas peores. Los sentidos, más que para los otros, constituyen para ellos un serio peligro; no tienen fuerzas para frenarlos. Si el sanguíneo llegase a ser dueño de sí, sería hombre de muchos recursos. Dos cosas necesita para hacer valer sus dones naturales; trazarse un plan severo de vida, que regule en cada momento los ímpetus de su voluntad y contar con una persona amiga y desinteresada, que le guíe suave y eficazmente por el buen camino, del que siempre trata de sacarle su natural, voluble e inconstante.

## 2) *Los nerviosos*

La característica de los nerviosos, a quienes los antiguos daban el nombre de atrabiliarios o melancólicos por su tendencia al mal humor, es el predominio del sistema nervioso sobre las otras partes del organismo. Como tienen más nervioso que músculos, la sensibilidad en ellos es mayor que la actividad. La sangre parece que no abunda, o al menos no circula a flor de piel. Por eso tienen la tez pálida, los ojos y los cabellos, claros. Su sueño es intranquilo, ligero, y por ende, poco reparador. Por sí mismos, no trabajan mucho; pero si son excitados, su acción es febril y violenta, y el desgaste pronto los agota. Su rostro es ovalado, debido a que el desarrollo del cerebro les da una frente pronunciada y lo reducido de sus mandíbulas determina una barba afilada. Su desgaste físico es tan poco, que la sangre de las venas es tan encarnada como la de las



arterias; el cuerpo, largo tiempo esbelto y flaco, es como traslúcido. La alimentación no es ni abundante ni escasa.

Un temperamento nervioso despierta interés; es delicado y a veces elegante. Aunque menos viva que en el sanguíneo, su sensibilidad es más profunda. Aquél, al menor contratiempo, sube como leche que hierve; el nervioso, en cambio, parece calmoso o impassible. Sin embargo, cuando recibe una fuerte impresión, le llega hasta el alma y a veces le produce honda herida. El sanguíneo rechaza cualquier ofensa, como quien sacude un carbón ardiente; el nervioso, en cambio, la deja penetrar muy adentro y, en vez de rechazarla, la retiene, y experimenta toda la agudeza de su dolor, como el de una flecha que se revuelve en la herida.

Por lo que se refiere a su inteligencia, la del nervioso es variable, pero por lo común es viva y aguda; y como sazona sus ideas en las profundidades del alma, produce pensamientos vigorosos, originales y los reviste de expresiones atinadas y enérgicas. Tal fue Pascal. Pero el trabajo intelectual es una fatiga y debe interrumpirlo con frecuencia; sin embargo, cada vez que lo vuelve a tomar prosigue en el mismo sentido. El nervioso tiene como innato el sentido de la belleza; gusta de las artes, de instruirse, y puede sobresalir en ellas.

Mientras tenga salud, tendrá corazón, y a veces, tierno, fiel, delicado. Difícilmente logra extirpar un afecto, porque éstos los tiene muy arraigados. Pero estos afectos más le hace sufrir que gozar, porque o bien los manifiesta, y entonces comprende que no hay correspondencia entre lo que él da y lo que recibe, o se deja llevar de la timidez y no llega a expresar lo que siente, viéndose mortificado por ese silencio doloroso. Es que no es franco, expansivo; no tiene el corazón en la mano, como el sanguíneo, sino que, como esas flores que, al menor soplo del frío, se retraen y se esconden en sí mismas, sufre a escondidas por su propio dolor. Presenta entonces síntomas de egoísta, y no lo es, porque su abnegación llega a veces hasta el heroísmo, sobre todo al lado de los enfermos.

La voluntad en los nerviosos es más bien inconstantes que débil, estando como al nivel de las fuerzas físicas. Cuando el trabajo los agota o los atormentan los cuidados interiores, la voluntad deprimida, es casi nula; en cambio, es fuerte, generosa, cuando una onda de sangre viene a pasar junto al corazón o cuando un rayo de alegría viene a iluminar su espíritu. Los mismos cambios se advierten en el carácter: amable, afectuoso, confiado, franco, alegre, en las horas felices; sombrío, taciturno, susceptible, discutidor, desanimado, en los momentos de pesimismo.

La inestabilidad es la nota característica del nervioso; es como un excelente instrumento, pero que fácilmente se descompone. En las fases de fatiga —y no son pocas— experimenta abatimientos desesperados y tristezas angustiosas. Amante consciente del bien, se cree incapaz de realizarlo y es víctima de una triste desconfianza de sí mismo; ante la necesidad de hacer un esfuerzo, se apodera de él un vértigo irresistible. Exagera la debilidad de sus fuerzas físicas y la de su voluntad; todo malestar le parece un mal grave, y sufre atrozmente con las enfermedades que le crea su imaginación, calculando hasta sus mínimas consecuencias. Siente desconfianza de los demás, lo que va minando poco a poco su existencia. Atribuye a olvidos aparentes, a palabras triviales, a procedimientos indiferentes, una importancia que no tienen, y en aquellos que involuntariamente le molestan, ve él perseguidores y enemigos. Si se apodera de él alguna antipatía hacia alguna persona, no puede verla ni oír su nombre sin sentirse siempre perseguido por ella. Estas perturbaciones mentales pueden llevarlo hasta la locura, si no trata a tiempo de buscarse alguna distracción.

En cuanto a los sentidos, no existe mayor peligro para los nerviosos, pues son generalmente sobrios y a veces muy puros. El gran peligro para ellos reside en la

voluntad que llega en momento a eclipsarse, impidiendo y anulando en ellos toda vida moral. Si llegasen al convencimiento de que sus depresiones y sus tristezas no son más que debilidades orgánicas, estarían casi del todo curados. Cuando la voluntad les falta, tratarían pacientemente de adquirirla y robustecerla, y en las horas de melancolía, lejos de dejarse arrastrar por el pesimismo, creerían a los amigos que les consuelan, y esperarían confiados las horas de la luz y de la alegría.

### 3) *Los biliosos*

Son los biliosos o coléricos, temperamentos apasionados, voluntariosos, impetuosos. Su característica es la necesidad de obrar, de gastarse; proceder como si estuviesen cargados de electricidad de alta tensión, siempre dispuesta a transformarse en trabajo.

En ellos la sangre, rica y abundante, después de haber atravesado músculos poderosos, llega a las venas ennegrecida por los residuos de la combustión orgánica. Estos residuos se depositan en las capas pigmentarias de la piel. De ahí les viene ese color pálido tirando a moreno, a veces amarillo-verdoso de la aceituna, como se dan en los países cálidos. Este color de bilis es la causa, sin duda, del nombre que llevan; porque es menos una sangre encarnada que una especie de bilis la que parece circular bajo su piel del todo atezada y morena. Los ojos y cabellos son asimismo morenos, a consecuencia del pigmento depositado en sus tejidos. Rasgos muy pronunciados dan al rostro una expresión un tanto severa y ruda. Los biliosos son por lo común delgados y enjutos, y si son corpulentos, es más bien a causa del desarrollo de sus músculos que de la robustez.

Activos y gastadores de energía, la sensibilidad en ellos no es delicada, sino ruda. No se impresionan vivamente como los sanguíneos ni profundamente como los nerviosos. De ahí que sean menos susceptibles a la tristeza o a la angustia morales. Si tienen más paciencia, no conocen tanto la delicadeza de sentimientos, comprenden menos el dolor de los otros, tienen en sus relaciones un tacto menos fino. La inteligencia se manifiesta en ellos en dos grados diversos. Cuando predomina el trabajo muscular, son como atletas y no pensadores; el espíritu, ahogado en la materia, es calmoso, inepto para trabajos intelectuales. En los biliosos inteligentes, si el espíritu no es ni muy fino ni muy original, tiene por lo menos amplitud, adquiere conocimientos, acumula noticias. Prácticos, despejados, más bien teóricos, los biliosos son más propensos a obrar que a pensar, cuando escriben o hablan.

Sin que les falte corazón, no dan prueba, sin embargo, de sentimientos tiernos, delicados, humanos. Esos sacrificios desinteresados, esas afecciones dulces que hablan de un corazón sensible, son ahogados por pasiones fuertes e impetuosas, difíciles de dominar. Y si no frenan un poco, en su fiebre de actividad, en su ardiente deseo de llegar a sus fines, apartan y pisotean lo que les retarda y no se ve en ellos más que egoístas sin corazón.

La necesidad de obrar los domina. El reposo y la inacción les resulta intolerables. Si no tienen ocupación, la buscan y siempre revuelven en su mente algún proyecto. Una vez que se han propuesto algún fin, se lanzan rápidamente a la obra. Toda demora en conseguirlo, los impacienta. No dejan para mañana lo que pueden hacer hoy; más aún, hacen hoy lo que deberían hacer mañana. Los obstáculos no los detienen; van derechos a su fin sin fijarse en vallas o en barreras; si algo se les resiste, se tornan violentos, obstinados, coléricos. Si son vencidos guardan odio en su corazón, hasta que suene la hora de la venganza.

Estos caracteres si supieran dominarse y frenar sus ímpetus, serían hombres de gran valía. No habría obra, por difícil que fuese, que no se realizase en sus manos, porque serían tenaces, constantes, y no molestarían a nadie ni suscitarían oposiciones

irreductibles. Pero cuando no han trabajado por dominarse y ser dueños de ellos mismos, son como máquinas de vapor de alta tensión, lanzadas a gran velocidad sobre las vías, con frenos inseguros. Carentes de poder suficiente para detenerse, siguen sus instintos. Entonces se convierten en apasionados, autoritarios, ambiciosos y audaces. Tratan a los demás con altanería, rayana en la crueldad. Ante ellos todo debe doblegarse.

El único derecho que reconocen es la satisfacción de sus apetitos y la realización de sus designios.

A estos caracteres o temperamentos biliosos, nosotros les daríamos estos dos consejos:

Primero: trabajar por ser dueños de vosotros mismos; no seáis precipitados; reflexionad antes de obrar; desconfiad de vuestros primeros movimientos.

Segundo: sed compasivos con los débiles; no humilléis ni atropelléis a nadie; no hagáis sentir vuestra superioridad ni el peso de vuestra autoridad.

#### 4) *Los flemáticos*

En los flemáticos el sistema linfático se ha desarrollado a expensas del sistema sanguíneo. El aspecto de éstos es flojo, con aires de inferioridad, cuerpo grueso y pesado, rostro pálido y mofletudo, nariz carnosa y ancha. Con todo debemos considerarlos con atención, porque bajo estas apariencias poco favorables, junto a seres apáticos y perezosos, hay flemáticos de alta tonalidad que representan individuos de gran valor moral. Estos son los que entran en este cuarto tipo de caracteres.

Las señales exteriores para conocer al flemático son las siguientes: tez sin color, barba escasa, cabellos ralos, ojos grises o verdes, músculos poco desarrollados, movimientos lentos y raros. La sensibilidad ni es viva ni fina, ni tampoco profunda. Las ofensas o injurias no les penetran muy adentro ni les hacen gran mella. Si las faltas de atención no les molestan mucho, tampoco las solícitas atenciones les producen agrado manifiesto.

La inteligencia en ellos puede ser muy clara, juiciosa y atinada, pero no la enriquecen una exuberante imaginación. El lenguaje es correcto, ordenado, exacto; pero más colorido, tiene energía y ciertos atractivos. No son comunes en ellos las producciones originales donde se manifieste el fruto de un espontáneo trabajo personal; más les atrae el trabajo científico, que acusa una larga paciencia y concienzudas investigaciones.

Son de buen corazón, aunque parecen fríos; están prontos a sacrificarse, incluso hasta el heroísmo, si es necesario: pero carecen de espontaneidad y son reservados al expresar sus sentimientos. Todas sus buenas cualidades les aprovechan a ellos mismos, y sería de desear que hiciesen partícipes de ellas a los demás.

Los flemáticos son ciertamente activos, pero su actividad es calmosa y mesurada. Al paso que ésta en los biliosos se asemeja al torrente impetuoso, capaz de producir grandes destrozos como excelente trabajo, en los flemáticos es más bien como un manso arroyuelo que puede realizar grandes beneficios sin ocasionar daño alguno. El freno de su voluntad en los biliosos es con frecuencia insuficiente; al contrario, en los flemáticos está excesivamente regulado. Por eso comúnmente prudentes, reflexivos, sensatos, obran con seguridad y llegan al fin sin violencias, porque en vez de romper los obstáculos los van removiendo.

Esa excesiva prudencia les hace perder, a veces, las buenas ocasiones, porque tardan en iniciar una acción; su labor es más reducida, porque no sólo producen lentamente, sino que la intensidad es menor. Tanto a éstos como a los biliosos, les diríamos de buena gana: “Sed dueños de vosotros mismos”, pero con esta diferencia, que al paso que

los biliosos deben conseguir ese dominio tratando de frenar y moderar sus ímpetus, los flemáticos deben excitarse y avivar sus energías adormecidas.

Si la virtud consiste únicamente en reprimir las pasiones violentas, sería muy fácil para los flemáticos. Pero como se extiende al cumplimiento, según los casos del deber moral, ofrece tantas dificultades para ellos como para los demás.

La voz del deber dice al bilioso: “Detente y abstente”. Al flemático: “Despierta, sacude la pereza, trabaja”. En ambos casos se requiere esfuerzo y constancia.

En grado superior, la actividad de los flemáticos es fuerte, no se gasta en seguida, nunca se cansa; tiene la doble ventaja de la prudencia y de la fecundidad.

En grado medio, es siempre mensurada y prudente, pero demasiado débil para elevar una vida sobre lo trivial; hace al hombre irreprochable, pero sin carácter.

En grado inferior, cuando se acerca al cero, hace al hombre átono, dormilón, vago, tanto más incapaz de ponerse en camino, cuanto que es insensible a todas las voces de orden superior que podrían sacarle del letargo.

¿Cuál es el tipo que preferimos para nuestro carácter? Si estuviese en nuestra mano, tomaríamos rasgos de cada uno: el buen humor y la vivacidad del sanguíneo; la profundidad y delicadeza de sentimientos del nervioso; la actividad inagotable y la tenacidad del bilioso y, por fin, el dominio, la prudencia y el espíritu perseverante del linfático.

Este mero deseo puede convertirse en un verdadero programa de vida, porque una vez que hemos definido lo que nos agradaría ser, cúmplenos solamente llegar a serlo, mediante una asidua y metódica formación de nuestro carácter.

## **Capítulo VI: Formación del carácter**

Existe un límite para la flexibilidad de la naturaleza y sería absurdo pretender modificar y rehacer enteramente las inclinaciones nativas. Es cierto que podemos, mediante prácticas prudentes, mejorar nuestro temperamento y rendirlo dócil a nuestra voluntad; podemos también, con un esfuerzo moral perseverante, debilitar y arrancar ciertas tendencias, aumentar y aun crear ciertos hábitos. Pero siempre, por grande que sea nuestro empeño, sobre todo si lo avanzado de la edad ha disminuido en nosotros esa flexibilidad natural, conservaremos más o menos ese sello que nuestro nacimiento o nuestra educación han grabado en nosotros.

Por esto no podemos tratar aquí de ser otros distintos a nosotros mismos; únicamente pretendemos sacar el mayor partido posible de aquello que somos.

A tres puntos reducimos la formación de nuestro carácter: primeramente al conocimiento de nosotros mismos, a fin de conocer lo que debemos corregir y los medios que para ello disponemos; en segundo lugar a la ordenación de un plan de vida, cuyo cumplimiento hemos de llevar a cabo; y finalmente al conocimiento y práctica de aquellos medios que nos han de ser útiles para el mejor éxito de nuestros propósitos.

### *1) El conocimiento de sí mismo*

“El que se desconoce a sí mismo, no podría determinar el plan ni el método que le conviene”.

Únicamente las almas reflexivas se han abierto este camino hacia ellas mismas.

Si, pues, somos naturalmente tan reacios a observarnos, es preciso que nos impongamos esta tarea por la fuerza. La misma se nos facilita por el examen de conciencia y las advertencias de nuestros amigos.

Sí, os encontraréis en la verdad, si os buscáis con rectitud. Entonces comprenderéis vuestra naturaleza, a donde os conduce, qué peligros os suscita, qué es lo que podéis

esperar o temer de vuestro temperamento, en un palabra, cuáles son vuestros defectos, qué virtudes podéis practicar y cuál es el plan de vida que os debéis trazar.

### 2) *Un plan de vida*

El mejor medio de asegurar en nosotros el fruto del propio conocimiento, es proponernos un plan de vida que nos resulte asequible, sin él, nuestra alma caminaría al azar, sin rumbo definido; y sería criminal el exponernos a una vida desordenada que dispararía todos los dones de naturaleza y gracia que hemos recibido de Dios.

Un buen reglamento de vida debe contener dos elementos; un cuadro de ocupaciones y una lista de las malas inclinaciones que hay que reformar y de los buenos hábitos que hemos de fomentar. El cuadro de las ocupaciones, teniendo siempre en cuenta la flexibilidad de la naturaleza humana, debe, sin embargo, ordenar todas las obras de cada día para el tiempo de descanso como para el tiempo de trabajo; porque nada hay más funesto al hombre que la incertidumbre de la voluntad. Los dos primeros puntos que hay que establecer son el acostarse y el levantarse; luego hay que determinar las prácticas religiosas, las horas de trabajo y las de recreación. Si el orden del trabajo depende de ti, determínalo de tal manera que pongas en primer lugar lo que más te urge y lo que más te cuesta.

Ten cuidado, sin embargo, de no complicarte demasiado la vida con la multiplicidad de proyectos. Toma tus defectos uno por uno. “Si cada año suprimieras un defecto, dice la Imitación de Cristo, pronto serías perfecto”. Y es que, al tratar con seriedad de combatir un defecto, toda el alma trabajará en ello, y se dispondrá más fácilmente para lograr las virtudes, y así llegará más pronto al dominio de sí que es propio de las almas de carácter.

### 3) *Auxiliares de la fuerza moral*

Una vez que te hayas fijado el camino de tu vida y la dirección que debes seguir, reúne todas las potencias, procura estimularlas vivamente y conságrate en cuerpo y alma a esta labor de tu formación.

Podríamos afirmar que la formación del carácter, como toda nuestra vida espiritual, se reduce a ser perseverantes en el esfuerzo.

Es verdad que el esfuerzo, a medida que se realiza, viene a ser menos doloroso, porque la voluntad, a medida que se ejercita, adquiere más facilidad, y ese viene a ser el premio a su valor y decisión. Pero tengamos presente que en cualquier momento, por mucho que hayamos adelantado, siempre debemos mantener el esfuerzo; no nos acontezca lo que al pájaro que detiene sus alas cuando va volando, y caigamos rápidamente a tierra.

¡Cuántos han perdido en un momento de condescendencia y abandono lo que habían logrado después de muchos años de abnegación y sacrificio! Tratemos de conocer y practicar los apoyos del esfuerzo moral, para que nunca decaiga el esfuerzo de nuestra voluntad.

Tres son los auxiliares de la voluntad: la vida interior, el estímulo de los demás y la oración confiada.

No se puede hacer mejor elogio de la vida interior que con estas palabras de Lacordaire: “Recogerse en sí mismo y en Dios, es la más grande fuerza que puede haber en el mundo”. Basta contemplar a las almas de vida interior, y considerar el gran poder que despliegan en el cumplimiento de sus deberes, para convencerse de su fecundidad.

Como mi voluntad es ser hombre de provecho, no omitiré ningún esfuerzo ni sacrificio para ello.

De ahí la necesidad de que, a los comienzos principalmente, tengas un amigo que sea como tu ángel tutelar; cuando te veas con ansiedad y dudas, acudirás a él en busca de luz; cuando estés indeciso y vacilante, hallarás en él la firmeza y seguridad; cuando te encuentres débil, tendrás en él un poderoso sostén; si te sientes apático, recibirás el vivo impulso de su fuerza. Dice la Sagrada Escritura: “Búscale entre mil”, añade San Francisco de Sales: “Y yo te digo entre diez mil”. Puede ser el director de tu conciencia; con frecuencia, un íntimo, a quien puedas acudir fácilmente y a quien su simpatía dará completa autoridad sobre ti. No acudas a él por pasar el rato, para dejar el trabajo, sino con interés, por celo, para tener algún alivio de tu debilidad y para elevar la temperatura de tu alma. Pero no pretendas que su influencia te absorba y te cautive, sino que te ayude a romper las ataduras que te esclavizan; no un ser que acapare tu alma, sino un libertador es lo que debes buscar.

Pero muchas veces no es fácil recurrir al director del alma, sin embargo, siempre podemos tener a mano un buen libro.

El más poderoso de todos los socorros morales es el que viene de Dios.

Bien conocen los educadores cristianos cuántas victorias espirituales consiguen los jóvenes gracias a las prácticas religiosas. Además, toda persona que lleve una vida regularmente piadosa sabe muy bien que a medida que crece en ellos la práctica de la oración, aumenta también el ejercicio de las virtudes, y a medida que se apartan de ella toman desarrollo las malas inclinaciones. La oración constituye una verdadera fuerza.